

## •La Segunda República y la Guerra Civil (1931-1939)•

José Serafín Aldecoa Calvo

En realidad, la separación cronológica entre ambos fenómenos históricos es meramente formal y por razones de estudio, ya que el Gobierno legal de la Segunda República perduró hasta 1939, pero a partir de noviembre de 1936, fecha en que se inició el asedio a Madrid, lo hizo en condiciones tan precarias que no dispuso de suficiente libertad y autonomía para su gestión.

Ambos acontecimientos históricos fueron trascendentales para la España contemporánea y, especialmente, la llamada Guerra Civil –o incivil, como prefieren denominarla algunos– por la tragedia que supuso para millones de españoles y españolas que sufrieron en sus carnes la violencia del conflicto bélico y cuyas secuelas todavía perduran.

### La Segunda República (1931-1936).

Como rasgo general de la Segunda República en Monreal del Campo, como en casi toda España, hay que subrayar que estuvo marcada por la acentuación de una crisis en el medio rural que ya se venía arrastrando de décadas anteriores y que se manifestó en casi todos los órdenes de la vida local: social, político, económico, educativo, cultural, etc.

Después de décadas y siglos en los que la “gente de orden”, (grandes propietarios y caciques) controlaban todos los ámbitos de la sociedad local, las circunstancias se modificaron. Se produjeron cambios en el poder al acceder a él militantes de izquierda, lo que provocó situaciones de tensión, enfrentamiento y conflictos entre las clases dominantes y las de menor poder económico, pero en ningún caso de carácter violento. Muchos monrealenses, especialmente los de menos recursos económicos, vieron con la llegada del nuevo régimen el momento de solucionar los problemas económicos que pasaban, fundamentalmente, por la esperanza de disponer de mayor cantidad de tierras para el cultivo.

Si empezamos por la población, hay que apuntar un crecimiento elevado de los efectivos demográficos en la década de los años veinte y su continuidad durante el periodo republicano hasta alcanzar, en 1940, la cifra máxima de habitantes (3.418) de toda la historia de Monreal del Campo. Una consecuencia de ello fue un aumento de la población joven, pues alrededor de 1.500 personas, en torno al 46% del total, tenían una edad inferior a 21 años, a la que había que alimentar y con una necesidad inmediata de trabajar. De ellos, algo menos de la mitad se encontraban en edad escolar lo que repercutiría también en la cuestión educativa.

El crecimiento demográfico tuvo su repercusión en la estructura social. En el censo de 1933, que es el más completo de estos años y que hemos tomado como referencia para ofrecer estas cifras, figuraba un excesivo número de jornaleros (78,6 %)

dentro del sector primario, de los cuales, en 1935, estaban en paro tres cuartas partes del año, alrededor 450 personas que suponían un 85,5% del total; mientras que el 21,4 % restante eran propietarios y labradores. Este elevado número de temporeros sin trabajo debió de oscilar muy poco en todo el quinquenio republicano. A ello hay que añadir la existencia de un alto índice de analfabetismo, especialmente acentuado en el caso de la mujer, que hacía que el conjunto de la población tuviera un nivel formativo y cultural muy bajo.

Estos datos demográficos fueron determinantes para explicar las demandas educativas, culturales, sociales y, especialmente, la necesidad de tierras para poder atender las necesidades básicas de un considerable número de familias (que pudieron alcanzar las 200 unidades) que no las tenían cubiertas.

Frente a este peso tan elevado del sector agropecuario en la economía, la revolución industrial no había llegado aún por estas tierras en el primer tercio del siglo XX, si exceptuamos la puesta en marcha de la Azucarera de Santa Eulalia (1912), que había estimulado la producción de remolacha azucarera en toda la comarca, y la explotación de las minas de Ojos Negros, iniciada en 1904. En Monreal del Campo, aparte de algunos talleres artesanales que intentaban abastecer las demandas de productos básicos a una población mayoritariamente agraria (carros, abarcas, cestos...), únicamente encontramos en estos años dos pequeñas industrias relacionadas con el sector agroalimentario, Destilerías Pascual Franco y la Harinera de Monreal, pero que no fueron suficientes para paliar el paro existente.

Y es que la tierra seguía siendo la principal fuente de riqueza para la mayor parte de los vecinos, por lo que el tema de su posesión y disfrute estuvo presente a lo largo de todo el periodo republicano. Por un lado, estaba mal repartida, ya que unos pocos terratenientes acumulaban gran parte de ella. Por otro lado, la escasa tierra disponible estaba dividida en pequeñas parcelas cuya producción no era suficiente para llevar una vida digna por lo que predominaban, en general los ínfimos propietarios.

Este problema de carencia de tierra no era coyuntural, propio del periodo republicano, sino que venía arrastrándose desde principios de siglo y resurgía en épocas de crisis económicas. Ya en los años 1917 y 1918 un grupo de vecinos se habían dirigido al Ayuntamiento demandado la roturación de tierras de los bienes de propios del Ayuntamiento para "conjurar la crisis de trabajo" existente entre la "clase bracera". La Corporación, consciente de estas necesidades, informó favorablemente de estas peticiones, que tenían que ser autorizadas por el Ministerio de Agricultura, como así fue. Sin embargo, el proceso de labrar y poner en cultivo las más de doscientas hectáreas concedidas fue lento y costoso, pues eran de baja calidad, y los rendimientos de las fincas muchas veces no compensaban el esfuerzo económico realizado.

Es más, se podría hablar incluso de un problema maltusiano de desfase o desigualdad entre la producción de recursos económicos de la localidad y el abultado

número de habitantes que debió acentuarse a partir de la década de los veinte. Existía en el quinquenio republicano lo que hemos denominado "hambre de tierra", esto es, una necesidad acuciante de disponer de alguna parcela en la Dehesa del Monte –la partida yerma de mayor extensión– para roturarla y ponerla en cultivo, debido a su escasez y, sobre todo, a la presión demográfica que ejercía una población numerosa y joven sin campos para cultivar, sin trabajo y sin jornales a lo largo de la mayor parte del año.

Desde las organizaciones de izquierdas, especialmente el Partido Radical Socialista (PRS) y su Sección de Trabajadores de la Tierra (STT), las soluciones que se plantearon no fueron en ningún momento extremas, sino moderadas, ya que si bien pidieron la venta de los dos patronatos que administraban tierras estancas y amortizadas, lo que exigían con más ahínco era que se cumplieran los decretos agrarios republicanos o que se repartieran, en lugar de retenerlas, abundantes tierras en arriendo por parte de los terratenientes, evitando los subarriendos de los grandes labradores.

La aprobación de la Ley de la Reforma Agraria como instrumento para remediar la carencia de tierras levantó las ilusiones, pero éstas fueron perdiéndose poco a poco, creando frustración. Las esperanzas disminuyeron con el paso del tiempo, a pesar de la presencia en Monreal del Campo, en varias ocasiones, de los principales responsables de la Reforma y del PRS, Ramón Feced, Gregorio Vilatela, Ramón Segura, etc. defendiéndola y animando a sus correligionarios a mantener las expectativas.

Ahora bien, el conflicto más serio, en el que tuvo que mediar el Gobernador Civil, fue el que enfrentó a los grandes ganaderos, que a la vez disponían de muchas tierra, con la Alianza Local de Trabajadores (ALT) y la Sección de Trabajadores de la Tierra (STT) del Centro Instructivo Radical Socialista (CIRS), que se aliaron en este asunto, por el aprovechamiento de los pastos del monte. Al final, las organizaciones agrarias consiguieron el propósito de que la Asociación de Ganaderos aumentase su



Sello de tinta del Centro Instructivo Radical Socialista de Monreal.

aportación a la hacienda del Ayuntamiento y que estos recursos se dedicasen a su inversión en obras locales que remediasen en parte la crisis de trabajo. Sin embargo, estas medidas sólo se aplicaron cuando gobernaba el Ayuntamiento el PRS (más tarde Izquierda Republicana) y no cuando lo hizo el Partido Radical (PR) que representaba a las derechas.

Ante el considerable número de parados existente, la tensión política que se fue acumulando y la angustiada e inmediata necesidad de tierras provocaron algunos fenómenos conflictivos o violentos, como la destrucción de cosechas, la explosión de algunos “petardos” en la casa del mayor terrateniente local y varias roturaciones ilegales en caminos o tierras comunales, siendo denunciadas inmediatamente por los propietarios. El Ayuntamiento llamó al orden a los individuos implicados en estas alteraciones, mandó a la Guardia Civil para el control y alertó a los guardas del campo para que vigilasen con más celo. Ninguna finca privada fue objeto de roturación arbitraria por jornaleros o campesinos, aunque ya hemos mencionado que hubo algunas pequeñas agresiones a propiedades particulares.

El Ayuntamiento del PRS-IR, y en menor medida el del PR, intentaron hacer frente a la situación social favoreciendo la creación de nuevos puestos de trabajo mediante el fomento de las obras públicas: aumento de regadíos, construcción de un frontón y un nuevo matadero, traída de aguas de consumo, arreglo de las calles, etc., dentro de las limitadas dotaciones presupuestarias con las que contaba. Aún con todo, hemos de valorar positivamente la labor municipal del PRS-IR, pues estuvo presidida por el dinamismo y la constante búsqueda de soluciones a los graves problemas. Y como muestra, la siguiente: el Ayuntamiento siguió aumentando lentamente –en demasía, quizá– las roturaciones del monte comunal y en el año 1933 repartió nuevas parcelas entre los más necesitados, procurando hacerlo con la mayor ecuanimidad y justicia posibles, excluyendo a los que poseían bastantes recursos económicos para vivir, lo que creó cierto descontento entre los sectores más potentados.

Si nos fijamos en la cuestión política, la implantación del régimen republicano (a pesar de que el nuevo Consistorio fue designado por el célebre artículo 29 y de que no hubo elecciones municipales el 12 de abril de 1931) no encontró apenas resistencias en Monreal del Campo, ya que el alcalde y los concejales entrantes reconocieron el nuevo régimen a los cinco días de haberse insaurado. Ello se debió seguramente a que de los once concejales designados, cinco por lo menos presentaban una ideología republicana y de izquierdas y pensamos, además, que pudo existir un pacto entre ambas tendencias a la hora de gobernar el primer Ayuntamiento de la Segunda República. No obstante, el primer alcalde Miguel Latorre López, considerado de derechas y monárquico, dimitió en agosto de 1931 y en su lugar fue elegido Victoriano Górriz Bau, hombre íntegro y apreciado por la gente, que fue el que mayor tiempo ocupó el sillón municipal.

Frente a esta aparente frialdad en el Ayuntamiento, hay que subrayar el rápido desarrollo desde los primeros momentos del republicanismo de izquierdas impulsado por dos de los maestros locales, Joaquín Salatiel Górriz y Benjamín Giménez que fundaron el Partido Republicano Socialista y más tarde Radical Socialista. Una muestra de este rápido progreso fue el que los militantes del PRS construyeron en poco tiempo y con sus propias manos el Centro Instructivo Radical Socialista, que pretendía ser un lugar que diera respuesta a todas las necesidades de los afiliados



Portada del periódico República, destacando la llegada a Monreal del Campo de los diputados Vilatela, Iranzo y Feced.

(culturales, lúdicas, bienes de consumo, créditos...). Su afiliación creció de forma rauda a partir de su creación en 1931, llegando a más de 600 afiliados en 1932 (en algunos documentos se habla de más de 700) para una población de cerca de 3.500 habitantes. Evidentemente, el poder político de esta organización que agrupaba, sobre todo, a los más necesitados, fue considerable y determinante en el quinquenio republicano.

Dentro del Centro Instructivo funcionaron dos organizaciones muy activas: la Sección de Trabajadores de Artes y Oficios (STAO) y la Sección de Trabajadores de la Tierra que tenían su propio comité dirigente. Ambas funcionaban de forma autónoma, como si fueran agrupaciones sindicales, con el objetivo de defender a los trabajadores de la industria y del campo.

Posteriormente, a finales de 1933, el PRS pasaría a convertirse en Partido Radical-Socialista Independiente y, finalmente, se integraría en la coalición Izquierda Republicana. Por primera vez en la historia de Monreal del Campo se fundaba un partido perfectamente estructurado, vinculado principalmente a las clases sociales más humildes y que pretendía dar respuesta a todos los problemas (preferentemente los agrarios) de sus militantes.

Las derechas, al principio expectantes y sin reaccionar, se congregaron en torno al Partido Radical (PR) de Lerroux, que también ostentaba el apellido de "republicano" aunque los radical-socialistas no se lo creían pues tachaban a sus militantes de "monárquicos conversos". El PR fue más lento en su nacimiento y progresión, ya que hasta finales de 1932 no empezó a constituirse e iniciar su funcionamiento como organización política con el apoyo de sus dirigentes provinciales más importantes (José Borrajo, Juan José Vicente, Mateo Esteban, etc.). En su creación influyó decisivamente el desasosiego y la preocupación de sus militantes por la fuerza que estaba tomando su rival, el PRS, y el temor a la Reforma Agraria que teóricamente amenazaba las propiedades de algunos hacendados. Este partido contaba con sede local propia, donde tenían lugar todo tipo de actos lúdicos, culturales, políticos y sociales. No debía de estar estructurado con secciones como el CIRS y entre sus afiliados figuraban labradores, propietarios, comerciantes y, en general, personas con un nivel económico acomodado.

Las relaciones entre ambos partidos mayoritarios en la localidad nunca fueron cordiales. Los diferentes enfrentamientos y acusaciones mutuas a lo largo del quinquenio contribuyeron a enrarecer la convivencia y crear tensión entre los distintos sectores de la localidad. Mientras que el PRS se aliaba ocasionalmente con la Alianza Local de Labradores, organización de pequeños propietarios, el PR se unía y apoyaba a potente Asociación de Ganaderos, integrada por los grandes propietarios de tierras, por lo que la polarización política era cada vez mayor. Esta rivalidad y confrontación política se plasmó en casi todos los temas del momento: la tierra, la educación, la cuestión religiosa, presupuestos municipales, etc.

Pasando ya a la cuestión municipal, hay que reseñar que, como se dijo, por primera vez en su historia, un alcalde republicano y de izquierdas, Victoriano Górriz Bau, consiguió, ya en agosto de 1931, la alcaldía de Monreal del Campo, frente a las corporaciones caciquiles y de derechas anteriores. Su permanencia en el poder municipal hubiera continuado a lo largo de la II República si no hubiera sido cesado obligatoriamente en dos ocasiones: la primera, en octubre de 1934 tras la Revolución de Asturias y la segunda, después del levantamiento militar de Franco. Fue hombre cabal y de prestigio que dedicó grandes esfuerzos para intentar solucionar los problemas sociales de este periodo, sin dejarse influir por las presiones de ciertos grupos de tipo caciquil.

El otro alcalde que también gobernó desde las derechas (PR) fue Jesús Tor-tajada Calvo, que tenía mucho menor prestigio y autoridad. Su labor municipal fue polémica, siendo denunciado por sectores de la izquierda, que le acusaban de mala administración de los fondos y de dejarse influir y manipular por los terratenientes locales.

En el tema de la religión, el Ayuntamiento del PRS aplicó las disposiciones republicanas tendentes a limitar el poder de la Iglesia Católica, siempre con la oposición y el rechazo del clero local, como fue la de secularizar el cementerio o la de prohibir los ritos externos de culto católico, con lo que el Abajamiento, representación dramática de la que se habla en otro apartado de este libro, dejó de realizarse y otras manifestaciones públicas como los entierros o las procesiones dejaron de exteriorizarse. También se celebraron, por lo menos, un primer bautismo y un entierro civiles, con lo que suponían de innovador estos hechos dentro de las tradiciones y mentalidades ancestrales de carácter religioso de las gentes.

Durante el mandato municipal del PR las cosas cambiaron, ya que parte de las resoluciones republicanas de carácter laico dejaron de cumplirse y la Iglesia, a través del párroco local, volvió a aplicar los usos religiosos anteriores a la II República.

Del examen de los resultados de las elecciones cabe deducir que en todos los procesos electorales, municipales (1933), constituyentes (1931) y generales (1933 y 1936), el pueblo de Monreal del Campo inclinó con su voto, de forma mayoritaria, en algún caso absoluta, hacia los partidos o coaliciones de izquierdas. Tanto el PRS, IR o el Frente Popular obtuvieron amplias mayorías frente a las derechas o el centro, que estaban representados por el PR, la CEDA u otros grupos políticos independientes. Ni en el caso de las elecciones generales de noviembre de 1933, en las que las derechas se impusieron a nivel estatal, consiguieron ganar las organizaciones políticas que defendían estas opciones, lo que demostraría la fidelidad de los centenares de socios del CIRS a los partidos y coaliciones de izquierdas.

Se produjo, por otra parte, a lo largo de la andadura republicana, una creciente polarización entre los habitantes, que se decantaron hacia el PRS-IR o al PR, proyectándose en todos los temas polémicos que surgieron, como fue el

caso de las relaciones Iglesia-Estado que en Monreal del Campo fueron tensas y no exentas de pugna, pues hubo claros enfrentamientos entre el PRSI y el cura párroco que no veía con buenos ojos la aplicación de las disposiciones secularizadoras de la República.

Pero los roces más fuertes se produjeron con los Hermanos de las Escuelas Cristianas de San Juan Bautista de la Salle por razones del arrendamiento de tierras, por la educación minoritaria y católica que impartían o por el incumplimiento, como usufructuarios de las tierras, del testamento de Ricarda Gonzalo de Liria. Esta orden religiosa, defendida en todo momento por el PR y los sectores de derechas, y las Religiosas del Amor de Dios, más comedidas, optaron por marcharse de Monreal del Campo a finales del año 1933, tras la aplicación de la Ley de Órdenes Religiosas y Congregaciones.

La salida de las dos órdenes incrementó más, si cabe, el problema educativo de Monreal del Campo porque al número elevado de niños en edad escolar que ya había a finales de 1933 se añadieron los que se quedaron en la calle por la marcha de los Hermanos y de las Religiosas del Amor de Dios. El Gobierno envió más maestros (los cursillistas del 33), pero el gran problema eran también las aulas necesarias para impartir clases y los materiales escolares para amueblarlas. El Ayuntamiento del PRS-IR, que fue el que gobernaba en esos meses, afrontó con decisión y energía la situación creada, tomando medidas como el aumento de los presupuestos para el año 1934, el alquiler provisional de los locales precisos a un particular y realizando las gestiones oportunas para la construcción de un colegio nuevo, que finalmente se hubiera construido con toda seguridad de no haber mediado la Guerra Civil.

El mundo de la cultura también estuvo dividido en dos bandos. Desde principios de siglo existía el clasista y elitista Casino Agrícola e Industrial que pervivió hasta 1937, al que solían pertenecer las personas con mayor poder económico (muchas de ellas afiliadas o militantes del PR) y en el que se realizaban todo tipo de actividades lúdicas y culturales (lectura de prensa, bailes, cine, etc.). Los jornaleros y clases más humildes, afiliados al PRS, tuvieron que esperar a la II República para poder construir su Centro Instructivo que satisficiera sus necesidades, pero sobre todo, sus legítimos deseos de cultura y de ocio. En estos locales se organizaron un grupo de teatro juvenil, conferencias para la formación de los socios, veladas culturales y recreativas.

La organización de las clases populares de Monreal del Campo duró muy poco. La sublevación militar de julio de 1936 por parte de militares y civiles contra el Gobierno legal y democrático de la II República acabó con estas ilusiones y concluyó con la destitución del alcalde, la ilegalización de los partidos y el final de las libertades. Esta vez fue un militar, un alférez de la Guardia Civil que seguía las directrices de sus superiores, el que acabó con la esperanza de justicia social, con el sueño igualitario por lo que habían peleado muchos habitantes de Monreal del Campo.



## Salatiel Górriz y Benjamín Giménez.

Salatiel Górriz y Benjamín Giménez, maestros de Monreal del Campo, escribían algunos artículos para el periódico República, órgano del Partido Radical Socialista, y en el semanario socialista ¡Adelante!. Reproducimos algunas de sus opiniones, pues aportan información sobre la historia de Monreal durante la II República:

¡QUE VIENE EL COCO! (¡Adelante! n.º 65, 18 de julio de 1931).

“Se trata del “Centro Instructivo Republicano Radical Socialista” de Monreal del Campo. Quinientos veinte asociados en él, al que no sabemos por cuáles causas ni con qué fin, hasta las “altas autoridades” de la provincia sienten recelos, suspicacias, contra él y especialmente contra determinados socios.

Sin duda alguna, por “arte de encantamiento” se han esparcido ciertos bulos para restarle importancia o mejor dicho para que aparezca como una entidad de perturbadores, anarquistas, comunistas, entrometidos y revolvelo-todo. Y es, señores lectores, que en poblaciones que despiertan de su letargo y se alzan contra la opresión asociándose para solicitar sus derechos y defenderse en las leyes y decretos que les amparan en sus necesidades, aunque con toda corrección, dentro del mayor orden y por vías legales eleven sus conclusiones razonadas, justas y de necesidad, –que no reseñamos por su extensión– hay que ponerles obstáculos, crearles un ambiente mefítico, emponzoñado; y por medios rastreros y falsedades, sembrar alarmas, procurar con cizañas enemistades aun dentro de las familias y los asociados, para que ideal no prospere, la unión se desmorone y cual pretenden, no sabemos quien, que no exista este Centro.

¡Qué placer experimentarían aquellos que no quieren acostumbrarse ni darse cuenta de que la República ha venido precisamente para amparar a los humildes, hacer justicia y desfacer entuertos!. Mas, afortunadamente –o en mal hora, como dirán otros– cada día se sienten más fuertes, más disciplinados y comprensibles de los ideales que sustentan en su Reglamento y se hace menos caso de campañas tendenciosas, disponiéndose a defenderse contra la injusticia y cacicato, con el mayor entusiasmo y orden posible.

Incomprensiones, no, insidias, menos.

Para el timorato, hablar de República o socialismo, es ser malvado, blasfemo, buscamuertes, comunismo.

Para los que “de in eternum” asumían los poderes administrativos del municipio y ejercían predominio sobre los vecinos, familias y haciendas, un Centro republicano da al traste con su poderío y ¿cómo resignarse a que los mandados sean tan ciudadanos como los que mandaban?. Que se pide el cumplimiento del decreto sobre subarriendos para que la tierra esté más repartida ¡pero pagando sus rentos, señores!; esto llaman querer el reparto de tierras, querer lo del rico, ¡Y aun hay mentecatos en la prensa que igualmente lo desvirtúan!..

¿Que en este pueblo, mayor de tres mil habitantes, la dependencia y obreros de artes y oficios se amparan en la jornada legal. Es querer comer sin trabajar, mandar los criados en los amos, revolucionarios? El Centro tiene la culpa; hay que pegar o quemar a los organizadores? (ya me veo un San Lorenzo). ¡Como si las leyes no obligasen a todo poblado que forma la Nación Hispana!

¿Que se orienta a la opinión extraviada, en sentido de equidad, ley, justicia, orden paz, como se hace, aunque interesados digan o propalen lo contrario? No deben tolerarse propagandas, porque es ilustrar y les conviene que la masa, especialmente campesinos, siga analfabeta, ignorante, para que continúe imperando la voluntad y capricho del cacique que aún se cree que ser republicano es seguir como antes cambiando solo de nombre.

No, señores detractores. Hay que deshacer el mal concepto que queréis formarnos.

La República quiere, necesita ley, justicia, fraternidad, orden; y eso es lo que predicamos. La República y socialismo buscan equidad, normas nuevas que regulen los derechos y deberes para todo ciudadano productivo, quiere humanidad y por su perfeccionamiento laboramos.

Sépalos la opinión y dense cuenta quienes así obran, que desprestigiar a una entidad que la constituye la mayoría del vecindario, es calumniar al pueblo de Monreal todo, digno de mayor merecimiento que hasta el presente. El tiempo dirá quiénes son los revoltosos, si aquellos que defendiendo un ideal sano quieren el resurgir del pueblo, o los que, faltos de conciencia, quieren mostrar al Centro poco menos que como un monstruo.

El “Centro Republicano Radical Socialista” de Monreal, sépanlo en la provincia, afirmese en todas partes, tiene su Reglamento aprobado y a sus estatutos se atienen sus socios muy especialmente al

Capítulo I, números 1, 2, 3 y 4 “fortaleciendo los sentimientos de fraternidad”, estrechando las relaciones de amistad y aprecio “en sentido democrático” “de carácter esencialmente instructivo” “y cuanto tienda a la mayor ilustración y cultura procurando el mejoramiento económico y espiritual de los socios”.

Opinar en contrario; esparcir frases e insidias como el ir con cuentos tártaros a personas influyentes y altas autoridades de la provincia, es seguir los procedimientos de que se valieron en tiempos de la monarquía para hacer víctimas de sus iras y ambiciones a honradas personas y padres de familia, sin que la conciencia les remuerda al perjudicar a un semejante.

Llegó la República que tanto ansiamos y en muchos pueblos existen los mismos vicios, las mismas persecuciones pretendiendo no se haga luz.

¿Hasta cuándo?”



Grupo escolar en Monreal durante la II República, con los maestros Salatiel Górriz y Ángel Giménez, padre.

¿Dónde quieren llevarnos? (La República, nº 116, 20 de febrero de 1932).

“Primeramente procuremos dominar nuestra indignación. Toda recomendación de serenidad en los actuales momentos, es poco, para evitar el caos en nuestra querida Patria.

Con frecuencia se suceden los casos en que la gente monárquica en sus distintos matices y disfraces, reaccionarios instigados, soliviantados por la clericalla, parece se hayan propuesto llevarnos al desbarajuste nacional; a crear dolores, donde solo debiera existir alegrías; sembrar el pánico y lanzar bravatas, en vez de procurar tranquilidad y aconsejar resignación.

Paralizan trabajos y se cierran industrias, en vez de fomentar obras e intensificar la vida toda del trabajo y la producción.

Despedir obreros, cercenar servicios, retirar y expatriar capitales para hacer del hambriento forajido en España, en vez de cooperar a su florecimiento.

Y si todo ello no es de suficiente gravedad, procuran odios donde solo debieran existir amores; no disipan rencores, sino que los aumentan; todo es bilis en vez de cordialidad, y quieren que en lucha fratricida subsistan castas, impere el despotismo, vuelva la tiranía, reine la miseria, cunda el desaliento y se enseñoree en el país la cruel negrura de la España inquisitorial, jesuítica y dictatorial.

Como recompensa al sin igual proceder en la historia, de la forma correcta, sensata, culta y fraternal de la implantación de nuestra República, con ofrendas de amores a todos, laureles de glorias, aromas de paz y olvido de afrentas, se corresponde procurando disipar sus fragancias, ajar estas flores, y emponzoñarlas con el virus rastrero de la sierpe y el veneno mortal del áspid.

La España caduca que remozó en 14 de Abril del 31, quieren que vuelva a los tiempos del cura Santa Cruz o de un Torquemada.

A ese objeto, descaradamente ayer, bravuconamente hoy, en conferencias y mítines, se ataca duramente, ya a la Constitución, ora a los gobernantes, bien a los Partidos; y en todo momento se boicotea la República propalando alarmas, instigando masas, induciendo a la rebeldía y la resistencia a acatar las disposiciones emanadas del Gobierno constituido. Disparan sobre las masas, incitan a la revuelta procurando que el obrero se exalte y sea ametrallado para de esta forma ponerlo en pugna con el Poder público.

Ardides y solapadas campañas son estas a las que el Gobierno debe dar fin de una manera urgente y decidida, ya que donde parece quiere llevarse a España allí tendrá que acudir el pueblo para que la Patria no sucumba. Pues por encima de las conveniencias de unos pocos, está el interés general del país que ansía en realidades leyes necesarias para el resurgir hispano, que satisfagan a la vez, las necesidades del trabajador en todos los órdenes.

Continuar con indecisiones, retardar, legislar para que no se cumpla; seguir sin dar a conocer la República y sus efectos hasta la más insignificante aldea; postergar, desofender y herir a buenos y leales republicanos que lo expusieron todo, exponen y expondrán cuantas veces sea necesario, en tanto se concede favor y se consiente la encubierta guerra de aquellos que se distinguen por su espíritu reaccionario, esta incomprensión o pasividad, pudiera tener su fin. Y ese fin podría ser de efectos y consecuencias contraproducentes a los sentimientos que a los republicanos inspiró la revolución incruenta del cambio de régimen. Resolución que debe continuarse en las Cortes y desde la "Gaceta", sin remilgos ni recovecos, para que no exista pretexto ni haya necesidad de que se haga en la calle; ya que el extremismo de derechas en concomitancia con elementos pagados no pretende otra cosa, según se desprende de sus recientes actuaciones.

Ya se ha tenido demasiada beligerancia y es hora de que se avengan a las realidades. Llegó el momento de derribar la mesa. Sepa el Gobierno que el monstruo que acecha a la República extiende sus tentáculos hasta los pueblos, donde existen fanáticos de la clerecía, caciques mal avenidos y lacayos de mangoneadores, cuyo proceder obedece sin duda alguna a planes sugeridos en conveniencia con los conspiradores de la ciudad.

Claro está, que el discernimiento de estos, su incultura, su ineducación moral y cívica, no les capacita para otra cosa que no sea la murmuración, la alarma, difamación, resistencia y obstrucción a todo, sembrando la enemistad y odios entre sus convecinos. ¡Ya es bastante oposición al régimen toda esta gama biliosa, máximum cuando se llega al insulto personal y amenazas de muerte a los que defienden la República y trabajadores, porque no teniendo argumentos razonados con que oponerse a sus prédicas, ni el valor para dar la cara, se sirven del "anónimo" encubierto, sinónimo de vileza y criminales instintos.

¡De cuantas maneras se daña la obra de la República!

Pero si tanto se obstinan los inresignados, los inconsolables, los acaparadores de privilegios en suma, tengan presente que, ellos serán los responsables, si el pueblo español, mayoritario, hace sentir su empuje algún día, llegando donde las circunstancias demanden".



Salatiel Górriz con un grupo de alumnos de Monreal del Campo.

Desde Monreal del Campo: no hay comunistas... pero sí parásitos  
¡Adelante!, n.º 65, 18 de julio de 1931.

“Por ciertos comentarios oídos en diversas localidades rurales se puede observar, un gran error en la clase burguesa, al querer hacer ver, que las organizaciones en las cuales están afiliados, hombres de distintas clases sociales, principalmente trabajadores de la tierra, tienen por misión llevar a cabo la implantación del comunismo o quizá una revolución social.

Del comunismo, en nada está de acuerdo la masa trabajadora, ya que ella y sus directivos, creen innecesario este ideal; primeramente porque la tendencia general es la formación de pequeños propietarios; y segundo, en un país donde la sociabilidad es escasísima y los habitantes están educados con una tendencia individualista manifiesta, sería una cosa por hoy imposible; de aquí se desprende que únicamente hablan del comunismo, personas que no estando conformes con las organizaciones proletarias, igualmente que antes no estuvieron con la República, les sirve esto de base para mermar el crédito de los hombres de ideas, y de los que producen para que ellos puedan vivir sin trabajar.

Las organizaciones proletarias en los pueblos rurales, no van contra la propiedad, ya que empiezan por considerar jornaleros a personas que, aunque más acomodadas, tienen que trabajar, luchar y vivir bajo el mismo ambiente; personas, que si en realidad tienen más numerario, no por eso desatienden sus trabajos, ni viven de una renta; personas, que por agradecimiento al pueblo que viven, saben entender las necesidades de sus habitantes. Por el contrario, hay parásitos que no se ven en ellos cariño hacia el pueblo que los mantiene, que apenas están el tiempo que tardan en cobrar al pobre trabajador la mitad de lo que él ha recolectado, sin preocuparse si podrá comer este invierno, porque ha habido una mala cosecha, o bien si tendrá otras necesidades que cubrir antes que el pago del rento abusivo. Cuántos hay que por no hablar con los hombres que los mantienen, se quedan en sus posesiones, no teniendo otra sociedad que sus criados, ni otra condición moral que el orgullo; en los pueblos donde habitan no hacen otra obra humanitaria que forzar a los renteros para el pago. De las necesidades, ellos no se preocupan ya que su única ilusión es cobrar y alejarse para malgastar en el invierno el producto obtenido por los trabajadores, sin fijarse que las calles del pueblo de donde él obtiene su renta, están intransitables en época de lluvia, y que los que dejan su vida en las haciendas del señor, hay días que piden pan.

Acaso por la intransigencia constante de los burgueses, por el afán de no convivir entre el pueblo, se creen que aún están en tiempo de esclavitud, y que sus trabajadores no se dan cuenta del injusto salario y trato que reciben. No es así; el hombre evoluciona, al evolucionar observa primeramente que en torno de él hay dos naciones, una que no trabaja, vive bien, instruída y poderosa; la otra trabajadora, mísera y esclavizada. Tan pronto ve este desnivel injusto, el que debido a su fortaleza y carácter no tolera al burgués se marcha del campo, por darse cuenta que por mucho que produzca nunca llegará a poseer una propiedad que remunere sus esfuerzos; el que por el contrario, tiene un carácter adaptable a la explotación, lo convierten en una máquina de cuyo funcionamiento sólo es dueña la voluntad del tirano, que no conforme con martirizar el cuerpo del trabajador, quiere que su espíritu sólo sirva de propalador de sus ideas.

El pueblo rural empieza a vivir en la realidad, dándose cuenta de que es la base nacional, teniendo derechos y deberes (ya que antes sólo eran deberes). En algunos pueblos las organizaciones, procuran atender dentro de la más estricta justicia, peticiones emanadas de la clase obrera; a ese hecho los explotadores con sus secuaces le atribuyen ideas descomunales, que tan sólo en el cerebro de quien las dice caben; dándose el caso en ciertas localidades, que por pedir que no se subarriende, que los rentos sean dados a las familias más necesitadas (pagando su importe), y que se vendan a plazos unas fundaciones, han dado por llamar a estos comunismo, y al hecho de implantar la jornada mercantil, revolución.

Por el calificativo que se dé a una masa organizada ésta no teme, ya que si estos son tan sólo inventados por el desprestigio, los centros si llega el caso demostrarán que todos cuantos actos han realizado son legales y por lo tanto si antes pedían cosas legales ahora no deben pedir las sino exigir las, aunque por ello les llamen comunistas o revolucionarios”.

## La Guerra Civil (1936-1939).

El día 21 de julio de 1936, a las cinco de la tarde, se presentó en el Ayuntamiento Manuel Vicente Gómez, alférez de la Guardia Civil, acompañado de varios números y, ante el alcalde y el secretario, declaró el estado de guerra y ordenó destituir a todos los concejales, haciéndose cargo de la alcaldía hasta que se constituyera la nueva Corporación. Además, citaba para el día siguiente al resto de los ediles del Consistorio con el fin de que firmaran el acta de destitución.

El 22 de julio por la mañana se consumó definitivamente el golpe de estado en Monreal del Campo al ser depuestos uno a uno todos los concejales del Frente Popular, que en este caso pertenecían a IR, hecho que para algunos de ellos ya era la segunda vez que eran separados de sus cargos por las autoridades provinciales y no por las urnas.

Los componentes del Ayuntamiento, como era natural, reaccionaron airada, enérgica y unánimemente ante tal atropello manifestando que “los reunidos hacemos constar nuestra más enérgica protesta por la destitución y falta de asistencia al acto del que la ha decretado a la par que no reconocen otro Gobierno que el elegido por el pueblo”. Hubo en Monreal del Campo disconformidad por la destitución, al igual que en la ciudad de Teruel, pero no se produjo resistencia armada ni de otro tipo, entre otras razones, porque se ordenó previamente, mediante pregón, la entrega de armas de fuego que poseyeran los vecinos.

Los militantes de IR, así como las personas sindicadas, acataron a regañadientes las órdenes de la autoridad militar, pero no les quedó otro remedio que obedecer, como ya lo habían hecho casi los mismos concejales en octubre de 1934, con la diferencia de que entonces la orden venía desde el Gobernador civil, designado democráticamente, y en este momento provenía de un militar rebelde contra la Segunda República.

Al día siguiente, bajo la presidencia del mismo guardia civil (en algún escrito se le cita ya como “jefe militar de esta villa”) tomaron posesión, parece ser que a la fuerza, los nuevos cargos municipales encabezados por el alcalde Miguel Lucas Tortajada, que ya había sido concejal impuesto (regidor sindico) por el Gobernador en 1934, y otros concejales que también habían ocupado el cargo dicho año. Todos los nuevos concejales estaban relacionados con el PR, que era el partido que salía beneficiado provisionalmente del pronunciamiento militar.

Ante la consumación de los hechos y el miedo a las represalias, algunos miembros de la Corporación y otros militantes significados de IR, según diversas fuentes orales, huyeron de Monreal del Campo a otras localidades relativamente cercana (Setiles, Molina de Aragón, etc.) que se encontraban bajo el control del Gobierno republicano, esperando a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. La documentación que debió existir en los archivos del Centro Instructivo de IR o en el del PR pudo quemarse en estos primeros días ante la hipotética utilización para represaliar a los militantes, tal y como así ocurrió en otras localidades. Otra consecuencia inmediata e importante fue que, bajo el paraguas de la Ley de Responsabilidades Políticas impuesta por Franco, se produjo la incautación del edificio del CIRS que tantos esfuerzos y sudores había costado a sus militantes.

En julio y agosto de 1936, a decir de un entrevistado, reinó una “calma chicha” en todo el pueblo. Se continuó la cosecha de cereales, aunque interrumpida por algún bombardeo espontáneo que eran los únicos indicadores del conflicto armado que estaba dividiendo a España. La tensión y el miedo empezaron a hacer mella entre los militantes del Partido Radical Socialista, pues temían por su vida, sobre todo por los rumores que iban llegando de otros pueblos en cuanto a la represión ejercida por los sublevados.

La solución ante las posibles represalias pasaba por afiliarse al partido Falange Española, tal como lo contaba Lucas A. Yuste en su biografía: “D. Antonio Valero de Bernabé, “Antoñito”, o quizá su descendencia, era dueño de una buena parte del término municipal, disponiendo de una casa de grandes dimensiones... En esta casa, que durante la Guerra sirvió en diferentes ocasiones de acuartelamiento de tropas, se montó a modo de un banderín de enganche de Falange Española al que acudían quienes, por miedo a lo que pudiera suceder, renegaban del partido buscando una afiliación de mayor seguridad personal... Mi padre se apuntó a Falange y encontró allí a muchos de los amigos que habían militado hasta entonces en los llamados partidos de izquierda... Eran gentes de variada condición y diversas edades”. Y así ocurrió, pero a todos estos “nuevos” falangistas la vida no les fue fácil, ya que fueron sometidos a todo tipo de vejaciones: desfiles paramilitares obligados vestidos con camisa azul, cánticos del “cara al sol”, etc. A algunos de ellos no les sirvió de nada, pues serían posteriormente fusilados por sus antiguas simpatías.

Llegado el mes de septiembre empezó realmente la represión, hasta entonces desconocida, contra los militantes de izquierda, cuando algunos de ellos creían que ya se habían salvado por haberse vestido con la camisa azul. La historiadora Ángela Cenarro subraya que las localidades de la provincia que cayeron en el bando fascista y que sufrieron mayor represión fueron Calamocha, Cella, Caminreal, Santa Eulalia, Monreal del Campo, Gea, Libros y Villastar, citando nominalmente en un anexo, uno por uno, con la fecha y profesión, los represaliados (o mejor dicho, fusilados) en Monreal del Campo, alcanzando la cifra de 23 personas, aunque creemos que el número real debió ser mayor, superando la treintena.

La mayoría de ellos militaron en el PRS (más tarde Izquierda Republicana), como el caso del alcalde Victoriano Górriz Bau, que fue ejecutado en las tapias del cementerio de Villafranca del Campo junto a su hermano Benjamín y el chófer Abundio Moreno. También dentro de este grupo singularizaremos a Antonio, el padre del poeta Lucas A. Yuste o al prestigioso médico Mariano Perea Sánchez, que era rechazado por los potentados de la localidad y por el otro médico Antonio Moreno Monforte, quién posteriormente sería Jefe comarcal de Falange y alcalde de Teruel.

Pero el día más negro para la historia de Monreal del Campo fue el doce de septiembre, fecha fatídica en la que fusilaron a doce personas cuyos autores, según Lucas Yuste, sin citar nombres, fueron “los de la calavera y dos guardias civiles”. El propio poeta, que fue testigo directo de la vil matanza junto al cementerio munici-

pal, lo recordaba con gran dolor y nombraba a las víctimas con los nombres y apodos que transcribimos: “A pesar de la sangre que había en sus rostros, poco a poco fui reconociéndolos: Domingo “El Pecos”, Joaquín “El Pecos”, Vicente “El Pecos”, tres hermanos como tres robles, de quienes la gente decía que eran como tres castillos; Manolo el de la Cooperativa; Antonio Civera, Antonio “El Cantín”, Santos “El Maleno”, uno soltero de quien no recuerdo el nombre, mi padre, su cuñado, Joaquín “El Avelino, y el tío Manuel “El Hachero”. Los tres primeros eran los que habían tenido un enfrentamiento verbal con el cura párroco en las elecciones de noviembre de 1933. Tras estos sucesos trágicos que causaron verdadera conmoción entre los habitantes de Monreal del Campo, el alcalde que había sido designado en julio, Miguel Lucas Tortajada, dimitió de su cargo por su disconformidad con los fusilamientos y en su lugar se nombró a Federico Rivelles Vidal.

Junto a ellos hay que citar los caídos en combate durante la guerra, porque fueron movilizadas diferentes quintas para incorporarse al frente dentro del bando nacional, aunque hubo determinadas personas que huyeron de sus domicilios antes de integrarse en el ejército. De los muertos en combate se guardó memoria mediante la colocación de una lápida al entrar a la iglesia con 45 personas con nombres y apellidos.

Dos meses más tarde, en noviembre, llegó otra forma de represión característica del Franquismo: la depuración de cargos públicos. El Ayuntamiento, en sesión plenaria, se dio por enterado de “la suspensión gubernativa de varios funcionarios municipales y de la orden de la formación de expedientes en averiguación de si hubieran desarrollado actuaciones patrióticas o contrarias al Movimiento, que deben ser sancionados. Enterado el Ayuntamiento acuerda el cumplimiento de dicha orden designando Juez instructor a un concejal”. Esta situación de limpieza política de aquellos puestos laborales que habían sido nombrados por la Corporación anterior se produjo en muchos lugares de España, ocupando dichos puestos personas vinculadas al nuevo régimen.

Otro aspecto fundamental fue que todo el término de Monreal del Campo permaneció en el bando de los sublevados (el llamado “nacional”) durante toda la Guerra Civil. El frente bélico establecido al principio de la confrontación por la Sierra Palomera y el Monte de Rubielos no sufrió apenas oscilaciones en los primeros meses de la contienda, excepto cuando el ejército franquista avanzó hacia las cuencas mineras. Consecuentemente, durante toda la guerra la localidad permaneció en la retaguardia y tuvo su protagonismo como soporte y apoyo al ejército nacional, especialmente en las batallas del Alfambra y de Teruel a finales de 1937 y principios de 1938.

En este sentido, desempeñó un papel importante como alojamiento y refugio de las tropas de reserva que estaban dispuestas a entrar en combate en cualquier momento y también como hospital militar de heridos, para lo cual fue necesario adaptar como Hospital Militar el Colegio Ntra. Sra. del Pilar, que pertenecía al Patronato de Ricarda Gonzalo de Liria y que los Hermanos habían dejado en 1934. Dicho centro sanitario, cuya labor se extendió hasta 1939, estuvo dirigido por el mencionado médico Antonio Moreno Monforte y mantenido con el dinero que aportaba el

Ayuntamiento de sus presupuestos. Allí trabajaron numerosas personas para atender a los enfermos, especialmente mujeres, que habían sido seleccionadas previamente de acuerdo con sus simpatías con el nuevo régimen instaurado.

La Batalla de Teruel y del Alfambra, en pleno invierno 1937-38, fue el periodo en el que el Hospital registró una mayor actividad en cuanto a asistencia de enfermos, aunque desde el mes de enero de 1937 el Ayuntamiento ya había acordado habilitar y realizar las reformas y reparaciones oportunas del Colegio de los Hermanos de La Salle mediante la prestación personal de los vecinos. En este centro murieron o fueron traídos muertos en combate numerosos soldados del frente. Todos ellos, con el nombre o con el número de chapa, en el caso que no fueran identificados, eran anotados en el libro del cementerio y entre falangistas, militares y republicanos el número de fallecidos que pasaron por el Hospital superó los cuatrocientos.

Ahora bien, la misión de almacén de materiales militares, en el cine por ejemplo, y la de albergue de tropas fueron las actividades más importantes. Los soldados del bando sublevado (militares, requetés, falangistas...) junto a tropas de apoyo como marroquíes o italianos estaban alojadas en todos los sitios cubiertos y abrigos del término municipal, hasta el momento en el que iban a ser transportados para entrar en combate. Se distribuyeron por los pajares, parideras, pajeras e incluso, como se ha señalado, viviendas particulares de gran tamaño. Fueron necesarios todos los locales posibles para albergar a la tropa. Durante la permanencia de los soldados, sus relaciones con las autoridades y con los vecinos fueron aceptables, ya que se estableció un comedor para niños de familias necesitadas con parte de la comida de los militares o se recaudaron donativos puerta a puerta ("el aguinaldo del soldado") para ser entregados a los militares.

No es de extrañar, pues, que los bombardeos de la aviación republicana fueran dirigidos hacia esos sitios concretos situados, sobre todo, en las afueras del núcleo urbano como pajares o parideras aisladas. Ello no obsta para que cayeran bombas de forma intermitente en lugares céntricos del pueblo como la Plaza Mayor o la calle Rocasolano. Las áreas que sufrieron mayor impacto de la aviación estaban situadas en torno a las Eras Altas, Eras Bajas, el Majuelo e incluso en zonas próximas a las eras como la calle Dña. Juana del Corral.

En cuanto a la mortandad de población civil por efecto de las bombas, hay que señalar que fue reducida ya que sólo murieron tres personas. De todos los destrozos de edificios y otros enseres se realizó una valoración económica que alcanzó las 92.070 pesetas. Como ejemplos más significativos de estos destrozos citaremos:

– Almacén de Pedro Latorre (Calle Dña. Juana)	10.000	ptas.
– Almacén y garaje de Vda. de Francisco Llorca (Olma)	8.500	"
– Casa de Amalia Beltrán (en la Plaza)	12.000	"
– Casa Herederos de Manuel Mateo (Horteruelo)	4.500	"
– Casa y paridera de Carlos Gimeno Larred (Parador)	3.000	"
– Paridera y pajar de Leonardo Sánchez (Eras Bajas)	2.000	"

Para finalizar este apartado nos detendremos en los aspectos más importantes de la actuación concreta del Ayuntamiento en estos tres años de contienda. Desde el primer



día, los integrantes del Consistorio, como no podía ser de otra manera, manifestaron su total adhesión al régimen franquista al exteriorizar y adoptar acuerdos por cuenta propia o siguiendo las orientaciones políticas provenientes del Gobernador o del Boletín Oficial del Estado. De todas ellas anotaremos y comentaremos las más destacadas:

En noviembre de 1936 se manifestaba, en un pleno extraordinario, el “agradecimiento a Alemania y Italia por el reconocimiento del Gobierno de Burgos” que era realmente la Junta Nacional de Defensa formada por los generales rebeldes. Además, “el Ayuntamiento, sin discusión y por unanimidad, acordó expresar a los mencionados Gobiernos de Italia y Alemania su más sincera gratitud no sólo por tal reconocimiento, sino también porque constantemente han estado espiritualmente a nuestro lado, reconociendo con ello la razón que asistía a nuestro glorioso Ejército, que al defender la integridad de nuestra Patria, defiende la verdadera civilización que quieren destruir las hordas marxistas”. Como se ve, el lenguaje es marcial, grandilocuente y maniqueo y, en el fondo, se reconocía el apoyo militar de Hitler y Mussolini al bando de los sublevados. Y para que esta gratitud “quede gráficamente expresada”, le cambiaban el nombre a la calle Pablo Iglesias (la Calle Mayor) por la de “Calle de Alemania e Italia”.

Esta decisión no fue exclusiva de Monreal del Campo sino que otras localidades, siguiendo las directrices del Boletín Oficial del Estado, también dedicaron una calle a dichas naciones (algunos pueblos todavía conservan el nombre), pero en Monreal del Campo la nueva denominación tuvo poco éxito ya que se siguió llamando popularmente Calle Mayor.

Posteriormente, ya en diciembre, se siguió cambiando los nombres de otras calles como la Avenida de la República, conocida vulgarmente como Carretera de Molina que se designará como “Avenida General Franco” o el barrio del Parador, antes Blasco Ibáñez, pasó a llamarse Avenida José Antonio e incluso se revisó “la denominación con que se distingue a las Escuelas y grupos escolares para que aquella responda plenamente a los ideales del Movimiento Nacional”, pero no se encontró el nombre adecuado y la decisión se dejó para más adelante.

En 1939, a primeros de abril, recién acabada la guerra, el Consistorio acordaba facilitar el regreso de los Hermanos con el consiguiente acuerdo: “Ceder el piso alto de la Casa-Ayuntamiento a los hermanos de la Doctrina Cristiana, compuesto por el salón de sesiones y local de la Secretaría en la planta alta para que en ellos funcionen las Escuelas mientras su edificio propio esté destinado a Hospital Militar”. Previamente, se había acordado por todos los ediles menos por uno (que aducía el mal estado en que se encontraban las escuelas públicas) la concesión de una subvención a los Hermanos por los desperfectos sufridos en el edificio del Hospital durante la guerra.

Con los nuevos tiempos, ya en el mes de junio, cuando se cerró el Hospital, bendecidos por el poder político, regresaron los Frailes a impartir clases de primaria y volvieron a regentar y aprovechar el Patronato de Ricarda Gonzalo de Liria.

Se dio por enterado el Consistorio y se aceptó “con agrado” la restitución como Himno nacional la antigua “Marcha Real” o “Granadera”. También se acordó la construcción de un monumento en forma de cruz dedicado a “los caídos por España” y que

se instaló frente a la ermita de la Virgen del Carmen (desapareció en una reciente remodelación de la carretera Alcolea del Pinar-Tarragona sin que nadie la echara de menos).

La Corporación municipal tomó también diferentes acuerdos vinculados con la iglesia que recuperaría de nuevo el poder y la influencia anteriores al conflicto armado. En este sentido y aunque ya se había iniciado con fuerza durante la guerra, se vuelve a restaurar por todo lo alto el culto religioso. Dos muestras: el apoyo de la Corporación a la realización de la Romería de la Virgen de la Carrasca, subvencionándola con 65 pesetas, o el resurgir de la Cofradía de la Sangre de Cristo con sus cargos, que iba a iniciar las gestiones para la recuperación de la representación del Abajamiento. También se pidió, en marzo de 1939, “la designación de un cura regente para la función de Semana Santa” pues su puesto estaba vacante, “teniendo en cuenta que este municipio lo necesita en condiciones de capacidad y trabajo que levante el espíritu religioso a la altura en que se encontraba a la implantación de la Segunda República”. Siguiendo esta línea, se acordó la adquisición de crucifijos para las Escuelas por “ser una de las primeras medidas adoptadas por el movimiento salvador”. De esta manera la idea secularizadora republicana fue olvidada y el catolicismo, con mayor fuerza aún, volvió a la Escuela.

Y ya para concluir, se celebró en octubre de 1938 el Día del Caudillo, tal como se haría en años posteriores, mediante la realización de arcos con hiedra y plantas que se situaron en la Plaza Mayor y “un fresco con que fueron obsequiadas las autoridades civiles y militares que asistieron a los actos”. Con el “Tercer Año de la Victoria”, en 1939, se iniciaban los oscuros y represores casi cuarenta años del Franquismo.



Mozos de Monreal antes de su incorporación a filas. Año 1936.